

GUILLERMO ANAD. *Tango, transmodernidad y desencuentro*. Bern: Peter Lang, 2011.

Vistos en su conjunto, los estudios sobre el tango pusieron en evidencia su transdiscursividad interdisciplinaria ya a partir de pioneros como Lara, Pellettieri, Matamoro, Viñas, Gobello, Ferrer, Ulla o Carretero. Los estudios culturales abordaron su naturaleza trasvasadora con Balderston (“Celedonio Flores’s ‘Sonatina’: Lunfardo Parody and Post-Modernist Esthetics”, 1989), Castro (*The Argentine Tango as Social History, 1880-1955*, 1991), Foster (*Buenos Aires: Perspectives on the City and Cultural Production*, 1999). Las segundas vidas culturales del tango como producto transformado por desplazamientos políticos y diásporas culturales son analizadas por Ciechanower (“Último tango exiliado en París”, 1985), Pelinski (*El tango nómada: Ensayos sobre la diáspora del tango*, 2000), Sareli (*Tango: Música sin fronteras*, 2001), Febrés (*Gardel a Barcelona i la febre del tango*, 2001), Groppa (*The Tango in the United States: A History*, 2004), Maret (*Transforming Bodies: Tango in the Michigan Argentine Tango Club*, 2005) entre otros. La vigencia histórica del tango fue subrayada por Báez (*Los herederos del exilio*, 1990), Castro (“The Massification of the Tango: The Electronic Media, the Popular Theatre and the Cabaret from Contursi to Perón, 1917-1955”, 1999), Balboa Echeverría (“Walsh y Gardel”, 1999), Luker (“Tango Renovación: On the Uses of Music History in Post-Crisis Argentina”, 2007). El tango aparece como vertebral a las identidades colectivas poscolonialistas en Vila (“Tango to Folk: Hegemony Construction and Popular Identities in Argentina”, 1991), Lander (“Una discusión teórico-conceptual para la aproximación a las políticas culturales. El caso del tango”, 2001), Solomianski (*Blackness in Argentina: The Repression and Representations of Afro-Argentine Identities in the National Imaginary*, 2001), Judkovski (*Buenos Aires, fervor y tango: una historia con judíos*, 2003), Poosson (*La historia silenciada: los afroargentinos protagonistas de un drama social*, 2004) y Garramuño (*Modernidades primitivas: tango, samba y nación*, 2007). Washabaugh (*The Passion of Music and Dance: Body, Gender, and Sexuality*, 1998), Holston (“Women of Tango”, 1999), Archetti (*Masculinities: Football, Polo,*

*and the Tango in Argentina*, 1999), Saikin (*Tango y género: identidades y roles sexuales en el tango argentino*, 2004), Ogando (*Tango y misoginia: cultura popular en América Latina*, 2001), Pellarollo (*Sainetes, cabaret, minas y tango*, 2010) entre otros, aportan lecturas desde los estudios de género.

De modo que podría decirse que los estudios sobre el tango pueden leerse como un buen recuento de la evolución misma del campo académico y teórico internacional. Si dichos estudios se anclan en identificar el tango como un saber desacoplado, poroso, intersectante y camaleónico, los cinco capítulos del estudio de Guillermo Anad parten de localizarlo en *un decir fuera de lugar* (1). Su saber descentrado y descolonizante continúa vigente a través de diferentes ciclos de la modernidad para seguir aludiendo a la escena y a la sentimentalidad del desencuentro permanente. El capítulo I, “El ruido decolonial” resalta tres componentes subalternizados en el campo cultural argentino: voseo, lunfardo y bandoneón, componentes erradicados de los saberes formales y de los conservatorios (12). Respecto al voseo, su gradual incorporación al tango escrito/cantado es leída por Anad como zona de pugna con el tuteo, en tanto negación eurocentrada de la coetaneidad (Mignolo), marca formal del Estado y por lo tanto *asocial*. El lunfardo, registro de inquieta vida al margen de la ley y sistema exo-normativo de sujetos migrantes es leído como otro transvasador más de la inestable y bullente heterogeneidad moderna (5): desde Flores, Mazi y Discépolo el gradual surgimiento de la textualidad dialógica y performativa del tango aparece como una instancia decolonial y de descategorización permanente que se fundan en el hecho de que sus referentes comunicativos son *horizontales* (9). Anad explica la naturaleza ruptural de Piazzola en una mirada hacia los lados, la conjunción de “dos saberes y dos lenguajes que la idea eurocentrada del conocimiento ha separado de mera insondable: el conocimiento académico y el saber popular” (11). Tal liminalidad y *desorden* aparecían ya en los sextetos de tango como ruido decolonial de fugas, *yeites* canyengues, texturas tímbricas, combinatoria instrumental y contrapuntos de imposible estabilización y reproducción. Para Anad, como “tanguificar es una manera de tocar, es un acto performativo de significación social” (10), el tango sería otro buen ejemplo del resbaladizo saber decolonial de América Latina.

El capítulo II, “Una transmodernidad rioplatense”, describe el inter-trasvasamiento entre los campos culturales del tango, de la milonga, del sainete criollo como aquellos arrabales urbanos por cuyas fronteras gauchos, compadritos orilleros y canfinfleros viajaban permanentemente trasladando “mercancías de todo tipo” (18). En el tango hablado, Anad rastrea dicho trasijo en el permeado inicial declamatorio de los payadores rurales y milongueros (afro-criollos e ítalos) que irían *ejecutando* la entonación del habla porteña, su teatralidad performativa y sentimentalidad. Destaca con acierto Anad a Nemesio Trejo, sainetero, periodista, payador y guitarrero por deponer el criollismo letrado-gauchesco para que sus sainetes y milongas fueran capaces de conferir récord público a la cotidianeidad de la Buenos Aires moderna de modo tan vívido que podría



decirse: “Al tango se lo escucha para oírse” (20). La ciudad letrada, sostiene Anad, comienza a resultar desencajada frente a la oralidad y escritura voseantes de “Mi noche triste” (1917) y del tejido emocional del tango alrededor del desencuentro afectivo (25). Anad propone que la porosidad del tango entrelaza relatos picarescos, crónica urbana y sensibilidad melodramática; con esa carga va penetrando en la ciudad letrada en la liminalidad cultural de Carriego, González Tuñón, *Historia universal de la infamia*, Evaristo Carriego (“*Historia del tango*”), *Historia de arrabal*, *El juguete rabioso*. Borges comienza a usar el voseo para hacer hablar a tangos lunfardescos como “Biaba sin caldo”, re TRABAJADO en “Hombres pelearon” (1918, título original “Leyenda policial”, 1927) y “Hombre de la esquina rosada” (1935). Permeados entre “Hallazgo” y “Alma porteña” (Greco, Gardel) sirven a Anad para sostener que la emoción borgeana por el tango excede el “barrialismo vanguardista” aunque siempre en relación zigzagueante: auto-proscribe de la segunda versión de *Fervor de Buenos Aires* poemas escritos en el otro lado, como “Soneto para un tango en la nochecita” (*Caras y Caretas*, 1926) pero en “Después de las márgenes” (*Proa*, 1924) Borges declara sin tapujos que sin el (ruin y precario) tango, *la música patria*, el panorama de la literatura argentina estaría incompleto (43).

Con guiño a Cortázar (*Rayuela*, *Reseña a Adán Buenosyres*), el capítulo “Continuidad de los tangos” lo rastrea en Kusch, en las milongas de Borges y Urondo (*Milongas* 1968) y en la reubicación del tango propuesta por los poemas y la discografía de Santoro cuando transforman los viejos lugares “de tangos quejumbrosos” en “sintagmas de crítica social” (65) en el marco de la represión parapolicial de los ’70. Anad analiza cómo la saga tanguera seguirá siendo re TRABAJADA, parodiada y actualizada por María Elena Walsh, Luisa Valenzuela, Diana Bellessi o por Charly García, cuyo rock “Tango en segunda” (Sui Generis, 1974) describe la represión pre-dictatorial, tiende puentes con tangos de protesta de los ’30 (“Acquaforte”, “Al pie de la Santa Cruz”, “Cambalache”) al mismo tiempo que, como enclave de intersección sonora entre tango y rock, comienza a “modificar la recepción y conceptualización de la relación entre ambos géneros” (72). Para la Argentina de la pos-crisis del 2001, Anad propone al grupo Astilleros y sus tangos de ruptura transmoderna (tango, rock nacional y el rock barrial o chambón) como ejemplo de esa conciencia decolonizadora de *ese hablar fuera de lugar* ya presentes en Discépolo y Piazzolla (72). Y ejemplifica con Alvertango, Los Shakers, Gotan Project, el tango electrónico de Otros Aires y Bajofondo la convocatoria de permanencia y re TRABAJADO del tango.

La vigencia transmoderna y camaleónica del tango, como capacidad “de resignificar la historia colectiva de Argentina” (75) es abordada por “El tango del desencuentro” donde Anad lo rastrea en la transición pos-dictatorial, sus amnistías e impunidad política, momento en que se constituye como un saber muy especial: “el saber de la pérdida” (Richard). En “Giros” (Fito Páez, 1985) el sujeto lírico se da aliento silbando un “tango

oxidado” para interrogar sobre la búsqueda de desaparecidos en el clima político pulsado por la CONADEP: “No todo el mundo tiene primavera/¿Flaco, dónde estás?”. Referencias y transferencias, como las de Gelman o Lamborghini respecto a Contursi, Le Pera, Discépolo y Manzi reaparecen en “Barrio de tango” (Susana Poujol, 1983). Tango que dialoga con Manzi (“Barrio de tango” 1942) para actualizar la referencialidad del típico barrio y de los típicos amigos ausentes en el marco de las desapariciones de la Guerra Sucia, “muertes errantes/ [que] dicen adiós”. Tal como el reclamo por los derechos humanos de “Pompeya no olvida” (Szwarcman & González, 1998) respecto a una desaparecida que resurge para pulsar otra vez la icónica topografía urbana de “Sobre el pucho” (González Castillo 1923), “Barrio de Tango” (Manzi/Troilo 1942) o “Sur” (Manzi/Troilo 1948): Nueva Pompeya.

Anad advierte que pensar el tango como un dispositivo de travesía histórica ya aparece en el tango “Medianoche aquí” (Cortázar/Cantón 1980) y en la reflexión de Cortázar durante la dictadura militar en relación a que escuchar viejos tangos había dejado de ser “una ceremonia nostálgica”: “este tiempo, esta historia los han cargado de horror y de llanto, los han vuelto máquinas mnemotécnicas” (*Salvo el crepúsculo* 1984). La propuesta cortaziana reaparece en el collage tanguero-rockero de Gabriela Torres respecto al exilio político en “Descalza por el Puente” (1998) mientras que en “Soy” (Marcela Bublik 2004, Premio Letras de Tango por la Identidad - Abuelas de Plaza de Mayo), una nieta desaparecida interroga a los silencios, desencuentros y esperas a través de objetos que materializan la ausencia, tal como ya lo hiciera “Mi noche triste” (1917).

Guillermo Anad concluye con agudeza que la voz descentrada de los tangos es “el aporte más original, certero y duradero que la lengua del tango le proporcionará a la literatura argentina” (26). Su estudio reúne un amplio conjunto de vertientes analíticas del tango ejemplificadas al comienzo de esta reseña; añadiría que su corta extensión (99 páginas) tal vez dificulta un calado analítico más profundo y tal vez revisaría el concepto de *exterioridad interna y fuera de lugar* de la enunciación tanguera como escritura/verbalización, música y performática, según lo cual el tango se afirmaría “desde la exterioridad de lo marginado, oprimido y desvalorizado por la colonialidad del saber” (13). Tal reclamo de externalidad aparece rebatido por la tesis misma de Anad cuando, con acierto, sostiene que el tango ocupa uno de los espacios más irradianes y galvanizadores de la cultura argentina. Su estudio mismo se acopla a un pensar interdisciplinante y nomádico que avala la centralidad y persistencia de la hibridez y las segundas vidas de sus productos incatalogables, performáticos, contingentes y des(re)ajustados a la constante generación de cánones policéntricos y por lo tanto, libres de sobrevolar –y cuestionar– la legitimación de una sola normatividad-centralidad de entrada y permanencia en el campo cultural *transmoderno*. Valorable es su vistoso rastreo del trasvasamiento del tango como espacio cultural camaleónico que entremezcla materia de la cultura alta y popular mientras aporta su proverbial habilidad de dar materialidad



a la ausencia. En la cultura argentina, nada más idóneo que el tango para hablar de desapariciones, desencuentros y pérdidas, concluye Anad: “para el que no tiene cómo representar la pérdida, apoyarse en esa primera palabra del tango acaso sea una forma de volver al sitio de donde se salió para nombrar la ausencia” (84).

Universidad de California Los Ángeles

ADRIANA J. BERGERO

GUSTAVO FAVERÓN PATRIAU. *Contra la alegoría: hegemonía y disidencia en la literatura latinoamericana del siglo XIX*. Hildensheim-Zürich-New York: Georg Olms Verlag, 2011.

Desde 1986, cuando Fredric Jameson publicó su célebre artículo “Third-World Literature in the Era of Multinational Capitalism”, el tema de la alegoría ha contribuido a diseñar en los estudios literarios latinoamericanos un área sumamente rica de investigación y disputas. Ello se verifica, en particular, a raíz del traslado que Doris Sommer hizo de dichas discusiones al terreno de la narrativa decimonónica en su libro *Foundational Fictions* y diversos trabajos breves, aparecidos en las dos últimas décadas del siglo pasado. La extensión de la iniciativa de Sommer y varios aspectos de su método a otros textos no abordados por ella ha sido constante hasta el día de hoy, volviéndose incluso rutinaria. Tal “estandarización” es uno de los principales puntos de partida argumentativos de Gustavo Faverón Patriau en *Contra la alegoría* (28). El otro lo constituye la inclinación, ya presente en los modelos de Sommer, a captar en las narraciones del siglo XIX únicamente los elementos que se ajustan a los proyectos de las élites descendientes de los antiguos criollos de la Colonia, es decir, los discursos hegemónicos que justificaron que las minorías predominantemente blancas, europeizadas y letradas retuvieran el poder. Faverón Patriau señala que en las alegorías de la época pueden observarse indicios de una hibridez medular que facilita, con la atención y el análisis adecuados, descubrir expresiones de lo marginado y de posturas contestatarias. A esos registros semánticos menos obvios denomina *contragorías*, con un neologismo a propósito híbrido, donde se funden la lengua latina y la griega (13).

Este volumen, como vemos, no niega la existencia de tendencias alegóricas en la narrativa hispanoamericana poscolonial, sino que intenta persuadirnos de que estas no se reducen a sencillas modulaciones hacia un antiguo género extinto. Lo que se evidencia en ciertas obras, más bien, es la imbricación de al menos dos alegorías: una “disidente” y furtiva agazapada tras otra “hegemónica” y generalmente asequible. Acaso el mayor atractivo de la propuesta consista en esbozar la posibilidad de que el crítico bien entrenado y deseoso de evitar los lugares comunes del gremio desentrañe contradicciones internas



indistintamente en obras muy transitadas por la lectura, sin duda canónicas, o en obras olvidadas, de escasa difusión. Los capítulos, de hecho, se concentran por igual tanto en *María* de Jorge Isaacs y *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda como en las *Memorias* de Juan Bautista Túpac Amaru y la *Peregrinación de Luz del Día o Viajes y aventuras de la Verdad en el Nuevo Mundo* de Juan Bautista Alberdi.

Esencial es la recuperación de la noción bajtiniana de “construcciones híbridas”, que *La imaginación dialógica* define como “enunciados que pertenecen, por sus marcadores gramaticales (sintácticos) y composicionales, a un solo hablante, pero que contienen, mezclados en su interior, dos enunciados, dos modos del discurso, dos estilos, dos lenguajes, dos sistemas axiológicos y semánticos de creencias” (traducción de Faverón Patriau 11). Resulta asimismo vital el deseo de situar la reflexión acerca de alegoría y proyectos de nación en un contexto social preciso pues, como se señala en alguna oportunidad, la limitación más ostensible de la tesis de *Foundational Fictions* fue haber insinuado la relevancia de la novela sentimental latinoamericana del siglo XIX sin someter a pesquisa su recepción y circunstancias editoriales originales. Faverón Patriau apunta que aun en el caso de que las novelas que se consideran importantes en el tiempo fundador de las nacionalidades latinoamericanas hubiesen tenido un público numeroso, este, si se repara en que muchas estuvieron prohibidas o sus autores desterrados, no habría estado integrado por lectores estrictamente connacionales, condición crucial para lograr la identificación con la colectividad, según Benedict Anderson (25). Por ello las interpretaciones alegóricas más frecuentes pecan de “imponer desde afuera y a posteriori” sistemas de significación que nunca dejarán de ser relativamente ajenos a los textos, ya que los fuerza a un curioso acto de ventriloquia: la manera como Sommer se apropia de Benjamin, Foucault y Anderson para tejer sus ideas y aplicarlas a su *corpus* es el ejemplo máximo (26-27). El método que *Contra la alegoría* respalda constituye, por consiguiente, la antítesis de esa curiosa deshistorización de las narraciones del siglo XIX, y trata de sustentarse en factores materiales que rodean a las prácticas alegóricas coloniales e inmediatamente poscoloniales, sobre todo los efectos de una tradición literaria y retórica local.

Un primer paso en ese sentido es llevar a cabo un examen preliminar de ejemplos barrocos del Nuevo Mundo que se resisten, por una parte, a volverse cómodos receptáculos de las conclusiones sacadas por Benjamin acerca de la alegoría barroca europea y que ilustran a la perfección, por otra, el choque hibridizante de puntos de vista culturales, insoslayable en territorios para nada homogéneos étnicamente. Como modelo colonial, Faverón Patriau destaca en *Nueva corónica y buen gobierno* “una alegoría dedicada a ‘Nuestro Señor Rey don Phelipe el Tercero’ con la intención de mostrar el latrocinio que lo engendra como rey”, en otras palabras, una alegoría “con los huesos carcomidos por la invasión de la disidencia” (49). Y el contragorismo patente en esa época continuará y se robustecerá a lo largo del siglo XIX, cuando las nuevas naciones se erijan en el



marco simbólico de la “esclavitud vicaria” que los grupos criollos usaron como excusa para rebelarse contra España y, a la vez, difuminar los reclamos de esclavitud real de los sectores no blancos de las nuevas repúblicas, ocupando los esclavistas en sus autorrepresentaciones alegóricas el lugar de los esclavos –“usurpación metafórica” del papel del subyugado (56-61)–. El contrapunto dialéctico de alegoría y contragoría en cada texto estudiado refleja la desazón no siempre consciente que esa situación generó. Lo que aflora son las luchas de las sociedades poscoloniales, donde los aparentes cambios estatales se producían no para terminar sino para remozar las formas de dominio. Con estas, no obstante, se actualizaban no menos las formas de protesta.

Sentadas tales bases, casi filológicas por su reconstrucción de horizontes hermenéuticos fieles a la historia hispanoamericana, las lecturas que el libro hace de Juan Bautista Túpac Amaru, Gómez de Avellaneda, Isaacs y Alberdi, son acuciosas y fieles a su método. Si la contragoría es inseparable del dialogismo, como en numerosos pasajes Faverón Patriau nos lo recuerda, por nuestra parte podríamos agregar que, ateniéndonos a la descripción que de ella nos ofrece el crítico, implica un sólido e indirecto apoyo a la visión demaniana del discurso literario, que es, según *Blindness and Insight*, aquel capaz de autodeconstruirse: espacio de aporías no “ciegas”, sino “lúcidas”. Los textos literarios más fascinantes son los capaces de socavar las premisas ideológicas estrechas de quienes los escriben.

Estamos ante un trabajo que da un giro de tuerca significativo en muchos de los debates vigentes acerca del siglo XIX latinoamericano y acaso abra puertas a quienes deseen replantear más eficientemente varios hábitos de la crítica que ha repetido las fórmulas de *Foundational Fictions*. Lo anterior no equivale a desconocer el legado sin duda imprescindible de Sommer, cuya labor, para no ir muy lejos, ha hecho posible la iniciativa de Faverón Patriau, que al rectificar y completar los últimos veinte años de crítica sobre la novela decimonónica evita descartarlos.

Singularmente memorable es la dimensión metateórica de *Contra la alegoría*, como permite aseverarlo su último capítulo. En él se abandona el siglo XIX para enjuiciar la “demonización” de la figura del letrado latente en Ángel Rama. El razonamiento final ilumina de súbito una de las aportaciones fundamentales de Faverón Patriau: la perspectiva casi exclusivamente negativa del escritor o el intelectual defendida por *La ciudad letrada* elabora, ni más ni menos, una alegoría monológica, restrictiva y tradicional (171-174). Los textos híbridos que hemos revisitado en *Contra la alegoría* delatan, por el contrario, la existencia de un sujeto autorial tan heterogéneo y contradictorio como sus escritos. Sin reduccionismos, se nos advierte literalmente que “los avatares de función, posición y subjetividad del autor son los elementos que debemos percibir para exiliar de nuestro discurso crítico la figura demasiado inverosímil del inconsútil y siempre idéntico letrado ramiano” (188). La versión del escritor que este libro postula, aunque no exenta del todo de las presiones ejercidas por el momento histórico ni las ideologías dominantes,





es la de un sujeto liminar, de frontera, en el que varias voces se entrecruzan para acabar invadiendo sus obras y expresarse en ellas, así sea de modo soterrado.

*The University of Connecticut-Storrs*

MIGUEL GOMES

FRANÇOISE LIONNET y SHU-MEI SHIH, eds. *The Creolization of Theory*. Durham: Duke UP, 2011.

Desde las publicaciones de los trabajos influyentes de Terry Eagleton *After Theory* y John Scad *Life After Theory* al principio del nuevo milenio, el consenso proliferante entre la mayoría de los teóricos ha sido a favor de exigir el fin de la teoría euro-americana y de la teoría contemporánea occidental. Françoise Lionette y Shu-mei Shih, al contrario, proponen que la teoría existe en una condición de *creolización*, que ellas definen como el resultado socio-político de la interacción forzada entre grupos culturales, un proceso que ha mantenido una progresión constante desde la antigüedad hasta la época de colonización y la globalización moderna (24). La inspiración de este concepto se origina en la obra influyente del crítico literario Édouard Glissant *Traité du Tout-Monde*, que refleja las distinciones entre *créolité* –el estado psicológico del sujeto creole– y *créolisation* –el proceso caótico, azaroso e impredecible de la fusión socio-cultural– (25). Inherente a este proceso, según las editoras, es una crítica del desbalance del poder político internacional que refleja un enlace epistémico entre dos sistemas: (1) el de la ideología opresiva del colonizador y (2) el de la Teoría del colonizador/ la supuesta falta de teoría del sujeto subalterno (30).

En este contexto, Lionett y Shih compilan ensayos para plantear una reformulación contextual de la teoría occidental que históricamente excluye la perspectiva subalterna. Para Lionett y Shih, el objetivo central de este libro es enfocarse en discursos diversos (geográfico, social, político, etc.) que opinan sobre la “creolización de la teoría” y a partir de ellos proponen una expansión de los límites conceptuales de la teoría euro-americana. Estructuralmente, la compilación contiene una introducción y dos apartados, el primero con cinco artículos y el segundo con cuatro.

En el primer apartado, titulado “Creolizing Methodologies”, comienza la investigación en torno a las definiciones posibles para la “creolización de la teoría”. El artículo de Barnor Hesse plantea que la creolización occidental (cómo la fusión, el mestizaje, el sincretismo y la transculturación) es un proceso sumamente político que describe las condiciones socio-culturales establecidas del sistema de esclavitud en las Américas (38). Para Hesse, el proceso de creolización existe precisamente en los Políticos Negros, en la lucha política contra el legado de subyugación y a favor de los





derechos civiles de los negros en los Estados Unidos. Según Hesse, la representación política disminuye las intenciones siniestras de la mayoría nacional que pretende borrar o rechazar la influencia afro-americana en la historiografía nacional (55). En el segundo artículo, Anne Donadey argumenta que la “creolización de la teoría” se manifiesta en la fusión de disciplinas tradicionalmente separadas por razones arbitrarias. Para Donadey, un enlace disciplinario ideal sería entre los estudios étnicos y el feminismo transnacional porque juntos reflejan lo que Lionett y Shih llaman “redes sociales entre grupos minoritarios”. Con esta nueva metodología ella intenta formular un contrapunto entre dos novelas escritas por mujeres subalternas: *Kindred* de Octavia E. Butler, escrito por una afro-americana que describe el “trauma nacional” del negro diaspórico, y *La femme sans sépulture* de Assia Djebar, de una argelina fascinada por Zoulika Oudai, una figura central de la liberación de Argelia quien desapareció en los años cincuenta (64). En el artículo de Pheng Cheah, la creolización de la teoría es un sinónimo de la teoría poscolonial porque, para él, ambas intentan analizar precisamente cómo los ideales filosóficos y los conceptos críticos se transforman fuera del Norte Atlántico (83). Cheah utiliza el concepto psicoanalítico de trauma e investiga el trauma en las obras fundacionales de Frantz Fanon, particularmente en *Peau noire, masques blancs* y *Les damnés de la terre* (84). En esa misma línea, el artículo de Liz Constable elabora un discurso inspirado por Frantz Fanon y Kelley Oliver sobre los efectos psicológicos, la melancolía resultante de la dominación colonial y el desbalance mental producto de la descolonización, la globalización y el neocolonialismo en el sujeto subalterno (113). Ella plantea que la creolización es una amalgama de narrativas diversas de un trauma nacional. Constable investiga dos narrativas de la guerra de Argelia desde una perspectiva femenina poscolonial: la novela *L'Interdite* de Malika Mokeddem y el filme titulado *Viva Laldjerjérie* de Nadir Moknèche. Finalmente, el artículo de Ping-hui Liao circula en torno a las implicaciones socio-culturales de las obras menos conocidas de David Henry Hwang, un dramaturgo estadounidense de origen chino (142). Para Liao, la creolización es un concepto más allá del multiculturalismo, que él define como la interacción superficial entre la cultura “*mainstream*” (dominante) y las culturas minoritarias (subalternas). Según Liao, la creolización es una manera de simultáneamente repensar las relaciones culturales poscoloniales y existir, como Hwang, en un flujo constante de varias identidades étnicas (143). La obra particularmente distinta de Hwang, para Liao, es *The Voyage* donde colabora con Philip Glass, un compositor conocido internacionalmente por sus trabajos neoclásicos, porque representa un nuevo contacto transcultural, hecho que demarca nuevas posibilidades artísticas para la creolización cosmopolita (147).

En el segundo apartado titulado “Epistemological Locations”, los colaboradores analizan los sistemas ideológicos de grupos hegemónicos y plantean los efectos de las teorías creolizadas en el mundo real. En el primer ensayo, Walter Mignolo argumenta



que la creolización es el rechazo del *nomos* (la ideología global) colonizador basado en el dogma Cartesiano (“Pienso, luego existo”) a favor de una alternativa inspirada por la afirmación poscolonial de la subjetividad subalterna, basada en una conexión consciente con la geografía (“Existo donde pienso”) (160). Para Mignolo, este cambio surge de las meditaciones críticas de tres pensadores del llamado Tercer Mundo: (1) el argelino Malik Bennabi y su concepto del espacio subalterno, (2) la “consciencia mestiza” del argentino Rodolfo Kusch y (3) los estudios de la afro-caribeña Sylvia Wynter quien demuestra las aplicaciones sociales de la “doble consciencia” de Frantz Fanon. Para Mignolo, los orígenes geográficos y las historias convergentes del colonialismo moderno de cada uno de estos críticos determinan una nueva trayectoria poscolonial para la teoría creolizada y abren nuevas posibilidades para el *nomos* contemporáneo. A continuación, el artículo de Leo Ching argumenta que la teoría del colonialismo moderno propuesta por Mignolo, el sociólogo peruano Anibal Quijano y el filósofo argentino Enrique Dussel, es también relevante en los discursos del poder geopolítico en regiones fuera de las Américas, particularmente en Asia donde Taiwán sufre continuamente de una dominación cultural japonesa (194). Para Ching, los trabajos de los filósofos japoneses Koyama y Kosaka de la Escuela de Kyoto hace cincuenta años no sólo representan una justificación de la dominación ideológica de Japón en Taiwán, sino también ofrecen una crítica fuerte del eurocentrismo en contraste con el japoncentrismo (201). En el tercer artículo, Étienne Balibar plantea una crítica política del “ciudadano nómada” cuyo estado social depende de cómo la sociedad conceptualiza al migrante: como un sujeto con el derecho humano de migrar (apoyado por la Declaración Universal de Derechos Humanos) o como un enemigo del estado (208). Al final de su ensayo, Balibar concluye que el estado ciudadano existe en un flujo constante de creación y re-creación tanto que últimamente se convertirá en un “ciudadano del mundo”, el resultado inevitable de la globalización y de la falta de fronteras geográficas, nacionales y sociales (224). El apartado finaliza con un artículo de Fatima El-Tayeb que propone las dificultades que los descendientes de migrantes en Europa encuentran en la llamada “pluralidad democrática”, una posición oficial en que la Unión Europea ignora las diferencias raciales o étnicas. Con una investigación de dos programas particularmente excluyentes en Suecia y Alemania, El-Tayeb argumenta que la *teoría queer* es una solución posible para invertir la ideología de silencio entre grupos minoritarios europeos. Ella concluye que los europeos de color utilizan estrategias de *queer performance* para mantener su identidad socio-cultural en situaciones de subyugación (245).

Finalmente, se puede afirmar que este libro es un proyecto innovador que crea nuevas posibilidades y espacios discursivos para la teoría creolizada contemporánea. Además, las editoras enmarcan una trayectoria multidisciplinaria y transnacional que eleva el elemento cosmopolita de la *créolisation* de Glissant. Lamentablemente, hace falta desarrollar un aspecto problemático de la *créolisation*, el hecho que la diversidad discursiva del concepto resulta en una cacofonía discordante, una confusión caótica de



definiciones e interpretaciones del proceso de la fusión sociocultural. Claramente, sin una fijación epistémica del proceso de creolización es más problemático establecer una conclusión culminante del contenido en el libro. Sin embargo, este estudio y su proyecto representan un punto de inicio para quien se interesa en el fenómeno sociocultural de la creolización teórica y la revalorización de la subjetividad subalterna internacional.

*University of Pittsburgh*

KAYLA L. PAULK

MANUEL ANTONIO ARANGO L. *Proceso histórico-social en la literatura de los primeros cronistas de la conquista de América: Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso de Ercilla y Zúñiga, Bernal Díaz del Castillo, Inca Garcilaso de la Vega, Juan Bartolomé de Las Casas, Juan de Castellanos, Juan Rodríguez Freyle, Pedro de Solís y Valenzuela y Sor Juana Inés de la Cruz.* New York: Peter Lang, 2011.

La reconstrucción de un proceso histórico-social exige el detalle de los eslabones que se han ido entrelazando paso a paso; y, si el objeto de tal revisión es literario, resulta imprescindible considerar texto por texto. Así lo entiende Manuel Arango y, por eso, presenta una visión de conjunto mediante la yuxtaposición de autores, obras y temas.

A pesar de lo que enuncia el título, la lista incluye diarios de viajes, informes de cronistas, historias, novelas y hasta los textos dramáticos de Sor Juana, porque Arango emplea el término “cronista” en sentido amplio: “todas aquellas personas que de una manera o de otra, contribuyeron con sus relatos desde diferentes áreas sociales –conquistadores, literatos, humanistas, misioneros, colonizadores y funcionarios–” a forjar ilusiones sobre el Nuevo Mundo, a promover nuevos viajes y, en definitiva, a fundar “el destino de la Literatura Iberoamericana”, según las palabras de Agustín Yáñez que cita el autor. Literatura que nace sobre todo de “la necesidad de ajustar el idioma originario” a las nuevas realidades (1-2).

El autor no se demora en delimitaciones teóricas; sólo perfila una serie de conceptos en torno a diversas manifestaciones del mestizaje –étnico-cultural, ideológico, metaficcional, discursivo, lingüístico, etc.– a partir de la transcripción y el comentario de numerosos fragmentos del amplio corpus seleccionado. El conjunto se parece a un rompecabezas, que Arango no termina de armar; pero estos apuntes –a veces repetitivos, a veces un tanto confusos (a causa, sobre todo, de errores idiomáticos y de innumerables erratas)– van señalando los puntos más interesantes para revisar sobre los textos primordiales de la literatura hispanoamericana.

La primera parte del libro está dedicada a los “Primeros cronistas de la América en el siglo xv y xvi”. Los relatos de los cuatro viajes de Cristóbal Colón y una carta



suya a Luis de Santángel revelan los problemas que enfrentan todos aquellos que han experimentado esos contactos iniciales –encuentros, choques– entre dos culturas diferentes, “la americana y la europea” (denominaciones generalizadoras que subsumen las diferencias que matizan la compleja realidad de cada continente). Estos textos colombinos ejemplifican variantes discursivas: inventario, memorial, informe administrativo, que muestran un movimiento visual desde la nueva realidad –de naturaleza exuberante y población amistosa– hacia la vieja realidad, ya conocida, en la que se entrecruzan las diversas motivaciones individuales (fama, dinero, sed de aventuras) e imperiales (oro, dominación y poder absoluto), en un diálogo asimétrico (si es que puede llamarse diálogo) bien marcado por el yo del conquistador que describe y rinde cuenta, y la segunda persona destinataria, los reyes, que decidirán el futuro del que se ha arriesgado tanto al cruzar el océano como al escribir. La escritura implica conciencia de sus implicancias y compromiso con la verdad o, mejor dicho, con lo verídico.

Arango se preocupa por señalar los vaivenes entre lo real y la ficción, que caracterizan los textos de los primeros cronistas. Lo real queda adscripto a la esfera de lo histórico y la ficción, a la de la literatura; lo histórico se sustenta en el testimonio presencial de los protagonistas, mientras que lo ficcional se relaciona con los relatos míticos, aborígenes o mestizos, y la mitificación de los nuevos héroes. Arango apoya la hipótesis de Irving Leonard sobre la influencia decisiva de las novelas de caballerías no sólo en la suscitación del espíritu aventurero de los marinos, sino sobre todo en la combinación de “lo fabuloso con lo real, lo ficcional con lo histórico y lo maravilloso con lo cotidiano”. No obstante, también es presentada la postura opuesta, la de Beatriz Pastor, quien considera que la situación personal impone en los conquistadores-escritores la necesidad de apartarse sutilmente de la “verdad” para crear una versión mitificadora de la Conquista (24-25).

Las *Cartas de relación* de Hernán Cortés permiten observar otro tipo de mixtura: la representación medieval del vasallo cristiano, fidelísimo a su rey, y el modelo renacentista del jefe excepcional (como el príncipe que describe Maquiavelo) (29). Los *Naufragios*, de Alvar Núñez Cabeza de Vaca muestran, en cambio, la otra cara de la Conquista: la de la desesperanza y la lucha por la supervivencia; mientras que el mito indígena de “Mala Cosa” ejemplifica un incipiente mestizaje cultural y permite replantear el debate entre Leonard y Pastor antes mencionado, en cuanto al carácter literario de esta crónica: si se basa en la representación del yo narrativo y en la función metafórica del lenguaje (Pastor), o en su condición de “historias mentirosas” que provocan la imaginación y el ansia de aventuras (Leonard) (36-7). El contraste entre el triunfalismo de Cortés y la decepción de Núñez amplía la gama de las motivaciones que han impulsado a los conquistadores, incluidas las más abyectas; al respecto, Arango propone dos criterios de valoración: por una parte, el condicionamiento que el medio impone a las actitudes vitales; por otra, la premisa de que el crimen no se exonera por ningún motivo (38).

Según el autor de este panorama, *La Araucana* marca un cambio en el “modelo que se venía dando” (18) y por ello consolida un proceso social e histórico diferente.



El autor aparece en la leyenda, el texto es un poema épico e histórico; por lo tanto, se plantea un conflicto entre el ideal de verdad y el ideal de poesía. Uno de los componentes centrales del texto es la guerra, en la que los dos bandos se exhiben como guerreros de iguales características: son muy bravos y soberbios, pero también bárbaros y crueles. Los personajes femeninos y la organización social del pueblo araucano revelan que la mirada valorativa de Ercilla se enfoca desde la axiología renacentista de la que está imbuido el poeta.

El análisis del proceso histórico-social continúa con la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva Española*, de Bernal Díaz del Castillo, a la que Arango considera una de las crónicas más apasionantes. En particular, le interesan los ejemplos de la “lengua de contacto” (59). Del mestizaje lingüístico del soldado de Cortés se pasa al mestizaje étnico-cultural del Inca Garcilaso de la Vega, personaje dual pues –si bien afirma que su lengua materna es el quichua– se expresa claramente en la “ajena”, la española, a la que domina tan bien como a la nativa. Su bilingüismo –que se corresponde con el doble origen de sus fuentes: las orales de su familia inca y las escritas del mundo europeo– le confiere “una autoridad única en el contexto del discurso cronístico sobre Indias” y una prueba tangible de que “el desenlace trágico de la conquista parte de la incomunicación lingüística entre indios y españoles” (74).

Garcilaso se centra en las luces de los dos imperios, el inca y el español, conjugando lo histórico con lo literario de los mitos y de los relatos tradicionales. La parte cruel e inhumana de la Conquista se difunde a través de las historias de Fray Juan Bartolomé de las Casas, incansable protector de los aborígenes. En sus textos, verbos como matar, depoblar, ultrajar, no son metáforas sino denuncia literal. Arango analiza cómo la prédica de este dominico produce acciones concretas a favor de una evangelización más pacífica e influye en otros autores como Montaigne. A su vez, las críticas negativas hacia Las Casas (Menéndez Pidal) y las positivas (Bataillon) resultan ecos tardíos de la controversia generada por el sentido de justicia del fraile sevillano.

El panorama de Arango se vuelve nuevamente hacia el poema narrativo: las extensísimas *Elegías de varones ilustres de Indias*, de Juan de Castellanos, en la que lo épico se diluye ante el afán de contar hasta lo trivial y de ser veraz, que domina al autor. La novedad que se destaca concierne a la inclusión de cuestiones eróticas y a la caracterización de la mujer indígena como cuerpo sexuado, en contraste con la abstracta española. El aporte más trascendente de este poeta radica en los abundantes indigenismos, cuyos usos y acepciones Arango explica detalladamente.

La segunda parte reúne a tres autores bajo el título de “Primeros cronistas del siglo xvii”. Juan Rodríguez Freyle, en *El carnero*, rememora la historia del Nuevo Reino de Granada y presenta, mediante la narración de anécdotas, los conflictos sociales del momento, aunque sin ánimo de criticar o de acusar. No obstante y porque sigue una perspectiva ético-religiosa, el colombiano cuestiona el accionar supuestamente diabólico de las mujeres. En este texto lo novelesco gana espacio; el siguiente, *El*



*desierto prodigioso y el prodigio del desierto*, de Pedro de Solís y Valenzuela, ya es –según Arango y los datos aportados por Héctor Orjuela– la primera novela escrita por un criollo en Hispanoamérica (173), “una novela abierta, manierista-barroca” (179), que manifiesta dos rasgos de la literatura colonial: por un lado, una temática de índole religiosa –la preparación espiritual para la muerte–; por otro, la crónica “real” de la sociedad de su tiempo –Santafé de Bogotá, en el siglo xvii–. Arango rescata otras opiniones críticas sobre las cualidades del texto: la oralidad, el uso de epítetos, signos, alegorías; en particular, “el poder de la palabra escrita” que analiza Sybille Fischer.

Lo alegórico reaparece en los textos dramáticos de sor Juana Inés de la Cruz, especialmente en el auto sacramental *El divino Narciso*. Más novedosa en el contexto estudiado resulta la última categoría examinada: el humor en la comedia *Los empeños de una casa* y en el *Sainete segundo*, también de la poeta mexicana. De este modo, el panorama se cierra con textos definitivamente literarios, que conservan la impronta espiritual de los primeros evangelizadores.

BEATRIZ HEBE MOLINA

MARISOL MONTAÑO, ALEJANDRO SOLOMIANSKI y SOFÍA WOLHEIN, eds. *Otras voces: nuevas identidades en la frontera sur de California (Testimonios)*. Raleigh: Editorial A Contracorriente, 2011.

A pesar de haber superado ya su periodo fundacional, los estudios fronterizos están aún en proceso de evolución en términos genéricos, geográficos y conceptuales. *Otras voces* plantea ofrecer un innovador acercamiento a este campo de estudio a través del *testimonio*, un subgénero que hace referencia a las narrativas escritas, pero provenientes del discurso oral que expresa como agenda emergente la experiencia de la opresión y el silencio que impone el discurso oficial. Este género subalterno, en el libro que nos ocupa, se articula con base en un proyecto pedagógico donde estudiantes universitarios se acercan a la voz de los migrantes en espacios fronterizos del sur de California. En este sentido, los doce testimonios editados como resultado de esta “práctica” reflejan la dinámica entre “las agendas de las voces subalternas (orales) y su representación en un discurso escrito y mediado por diversas instancias letradas” (19).

El primer apartado escrito por Alejandro Solomianski, uno de los editores, presenta el trasfondo de la producción del libro y al mismo tiempo argumenta su valor pedagógico, académico y político. Su proyecto se originó en la asignatura “Testimonio hispanoamericano”, dictado por él mismo a los alumnos de la California State University –en su mayoría latinos de familias de clase trabajadora–, que tenía por objetivo documentar



historias orales para realizar “el intento de vincular a la ‘Universidad’ con la ‘Vida’” (9). En este sentido, la ubicación geográfica de la ciudad de Los Ángeles les dio a los estudiantes una buena oportunidad para enfrentarse con testimonios de migrantes y escuchar sus experiencias del cruce fronterizo. El proyecto ponía de relieve la necesidad de visibilizar las voces de sujetos ocultos y criminalizados para buscar otra manera de convivencia social frente a la crisis económica californiana que ha provocado el creciente endurecimiento de la política contra los trabajadores indocumentados.

Para Solomianski, este trabajo es un replanteamiento del género *testimonio* cuyo debate fue culminante en los años noventa dentro de los estudios latinoamericanos. Las narrativas testimoniales basadas en el discurso oral de Rigoberta Menchú y Esteban Montejo, entre otros, fueron revalorizadas y canonizadas como textos alternativos que van más allá de la representación de la *ciudad letrada*, acercándose lo más posible a “la verdad” de la historia y el pueblo. El editor propone que el género *testimonio* debe escapar a la categorización “esencial” de la subalternidad determinada por la irreversible relación dicotómica entre las esferas del oprimido y el opresor. Más bien, se trata de la lógica “existencial” y coyuntural en que los sujetos subalternos emergen en el desarrollo de diversos procesos históricos. El énfasis en el dinamismo contingente de la condición subalterna permite incluir las “pequeñas” narrativas migratorias del libro dentro del género *testimonio* aun cuando no representan grandes modelos revolucionarios ni implican gestos altamente politizados.

Otro aspecto que este proyecto pretende lograr es posibilitar un nuevo modelo de la dinámica entre transcriptores y “testimoniante”, cuestión que fue profundamente debatida en su momento para señalar la posición hegemónica de los escritores profesionales. Las voces subalternas tienden a correr el riesgo de quedar atrapadas en la función contradictoria de hablar por/de ellas. No obstante, según Solomianski, la relación afectiva entre los narradores y los entrevistadores universitarios –cuya propia experiencia de vida, en muchos casos, forma parte de las redes de relaciones sociales subalternizadas que son referidas en los testimonios– ha permitido lograr un texto que es capaz de captar más acertadamente la voz de los entrevistados. Dicha “proximidad” no solamente ayuda a reconocer la configuración de nuevas identidades en la frontera, sino también contribuye a la creación de un sentido de comunidad basado en la solidaridad. Para él, a esta forma textual alternativa podría llamársele específicamente “mini-testimonios” (7) y puede abrir un nuevo camino en el entretejido de la realidad y la academia, así como ayudar a construir una colectividad subalterna entre recopiladores-transcriptores y “testimoniante”.

Las siguientes secciones integran y narran doce experiencias testimoniales. El segmento “Sexualidad en el borde” se enfoca en los múltiples cruces fronterizos de migrantes centroamericanos homosexuales. La fuga de estos sujetos de ámbitos machistas y homofóbicos en sus países de origen, revela otra realidad silenciada y evitada en





las agendas migratorias. Aquí, los relatos señalan la batalla contra la discriminación y el desafío interno de la auto-identificación de los homosexuales, no sólo en su país de origen, sino en el proceso de asentamiento en EE.UU. Otro apartado apunta a la “Desintegración familiar” que provocan fenómenos tales como las guerras civiles, la crisis económica o la dificultad de los migrantes para asimilarse al entorno receptor. Cada narrador en esta sección expresa una intensidad emocional desgarradora al contar su experiencia de descomposición y aniquilación familiar que, para Solomianski, demuestra la continuidad de las circunstancias subalternas en el proceso globalizador como una versión contemporánea del caso de Rigoberta Menchú. En este sentido, el acto de contar en sus testimonios el dolor, la pena y el sufrimiento concibe una agenda transformadora para reivindicar el valor comunitario.

Las narraciones de las siguientes secciones manifiestan en diversas dimensiones la urgencia social del tema migratorio más allá del relato autobiográfico del “triumfador” individual. El apartado “Migrantes, tierra prometida y paraísos perdidos” pone en cuestión el llamado “sueño americano” señalando que la llegada a EE.UU. no representa una solución de los problemas dejados en sus lugares de origen, ni de los que traen consigo en el periplo migratorio. Por el contrario, se trata de otra forma de subalternización provocada por la regulación biopolítica de la “legalidad” y la consecuente criminalización del sujeto migrante. Los testimonios que relatan experiencias traumáticas tanto en lugares de trabajo como en el entorno social terminan a veces con expresiones directas: “Yo lo que pienso y digo es que nunca es bueno tomar la decisión de venirse porque la persona no imaginaba lo que va a sufrir” (116). La sección “La violencia de los bordes” devela el peligro del ámbito fronterizo y su terrible violencia. Estas narraciones son particularmente valiosas en el sentido de que recuperan las voces de sobrevivientes de la violencia pandillera que se ha convertido en uno de los riesgos más graves en la trayectoria migratoria. En el apartado “Entre la biografía y el testimonio”, que cierra este libro, en cambio, la narradora Enedina cuenta sobre múltiples *border-crossings* a lo largo de su vida causados por la desintegración familiar, la discriminación, la explotación laboral y la deportación. Por este motivo, aunque sea un testimonio personal se puede leer como una alegoría que representa la historia colectiva de los espacios fronterizos entre México y los Estados Unidos.

El ensamble heterogéneo creado por los doce relatos nos ayuda a examinar panorámicamente el dinamismo de la región fronteriza que actualmente se está reformulando en términos geográficos, políticos y culturales. El acercamiento testimonial elaborado junto con los alumnos universitarios ofrece una “práctica” solidaria de agenda social desde la academia, desafiando particularmente al debate migratorio actual que sigue careciendo de diálogo con el campo educativo. Los mini-testimonios de este libro, sin duda, asumen el valioso papel de exhibir las voces silenciadas y ocultas al espacio público.



Finalmente, el proceso de producción, es decir, convertir este proyecto en un libro, revela inevitablemente otro dilema del género *testimonio*. Si bien, por un lado, el proyecto plantea reflejar lo más fielmente posible la energía vital de los relatos orales, por otra parte, el trabajo de editar el corpus, insertar epígrafes y agregar datos biográficos necesitaba “encontrar un formato relativamente homogéneo” (16). Sin embargo, esto resulta problemático ya que reduce el espacio autónomo y comunitario creado entre “testimoniantes” y entrevistadores. Aun así, este dilema contribuye a la reactivación del debate en torno al *testimonio* al proponer que la conversión de la oralidad subalterna a la escritura no es una cuestión meramente formal sino que constituye un aspecto fundamental en el desarrollo de este género. En suma, *Otras voces* ofrece una herramienta pedagógica para la politización del tema migratorio a través de las “pequeñas” historias recopiladas. Además, al asociarse con esta agenda emergente, participa de manera original y valiosa en la teorización y reformulación tanto del *testimonio* como de los estudios fronterizos.

University of Northern Colorado

JUNGWON PARK

DAVID J. VÁZQUEZ. *Triangulations: Narrative Strategies for Navigating Latino Identity*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2011.

Se han desarrollado varias teorías que sirven para examinar la identidad del sujeto marginado a través de las intersecciones que comprenden su posición social: género, clase social, raza, etnia y sexualidad, por ejemplo. Entre las teorías que se han utilizado para analizar la identidad y las experiencias de los chicanos y los latinos en los Estados Unidos, la teoría fronteriza de Gloria Anzaldúa demuestra cómo los mestizos –especialmente la mestiza– pueden afirmar su identidad entre los espacios liminales al reconocer y aceptar todos los aspectos que comprenden su identidad, aunque existan ambigüedades y contradicciones (1987). En su libro *Postnationalism in Chicana/o Literature and Culture* (2009), Ellie D. Hernández emplea el posnacionalismo para explicar cómo algunas chicanas feministas y algunos chicanos gay afirmaron su identidad fuera de una ideología rígida y patriarcal durante el Movimiento Chicano cuando no había espacios para un discurso sobre estas subjetividades. Y en su libro *Identity Complex: Making the Case for Multiplicity* (2011), Michael Hames-García argumenta que las identidades sociales se deberían evaluar a través de un lente que reconozca todos los elementos que comprenden la identidad del individuo sin verlos como elementos distintos, es decir, cada aspecto que comprende una identidad constituye otros aspectos de la identidad del individuo.

En su trabajo de investigación *Triangulations: Narrative Strategies for Navigating Latino Identity*, David J. Vázquez contribuye de forma importante al corpus de textos



teóricos que se pueden utilizar para examinar la identidad de los chicanos y los latinos; propone la triangulación como aparato literario para llevar a cabo un análisis complejo de las subjetividades que existen en la literatura chicana y latina de los Estados Unidos.

La triangulación es un método geométrico que se ha utilizado por siglos para calcular dónde se ubica un punto desconocido en referencia a dos puntos conocidos; se ha aplicado a la astronomía, el campo marítimo y la agrimensura –entre otras disciplinas– para la navegación o para sacar ciertas medidas. Vázquez utiliza este concepto para explorar la manera en que algunos escritores chicanos y latinos evalúan dos posiciones sociales conocidas para navegar hacia una identidad particular y más compleja, la cual rechaza el individualismo y el binarismo estricto que moldea a las subjetividades: blanco/negro, heterosexual/gay, hombre/mujer y otras. Vázquez construye un lente fascinante por el cual se pueden analizar las identidades que existen fuera de las dicotomías, cuestionando, por ejemplo, ¿cómo afirma su identidad el sujeto gay chicano o la puertorriqueña feminista?

Para llevar a cabo su análisis, Vázquez se enfoca en las narrativas escritas por algunos chicanos y latinos desde el punto de vista de la primera persona singular: el testimonio, la biografía, la ficción y otros géneros literarios; las narrativas que examina son en su mayor parte de las últimas décadas del siglo xx (1960-2000). Además de desarrollar la teoría sobre la triangulación como aparato literario, el análisis que Vázquez hace de los escritores que escoge destaca la manera en que utilizan y transforman dichos géneros literarios. Vázquez insiste en que no se puede pasar por alto la identidad del autor aunque se esté analizando una novela. Sugiere que la narrativa escrita por los chicanos y los latinos en primera persona singular sirve para: expresar los valores sociales del autor y de su comunidad; afirmar una identidad ambigua y compleja al romper las parejas binarias que existen en la cultura hegemónica; crear una posición social alternativa no sólo para el individuo sino también para su comunidad, y cultivar una conciencia de resistencia que sirve para combatir el racismo en la cultura dominante. Vázquez propone que estas narrativas frecuentemente intentan establecer un movimiento “nacionalista insurgente”, el cual él distingue del nacionalismo centrado en adelantar los intereses del Estado. Además, demuestra cómo dichos autores rompen con la estructura tradicional del testimonio, la biografía y la ficción para disputar las historias oficiales que se han contado en la cultura dominante y, por consiguiente, disputar la idea de las subjetividades fijas y exclusivas.

Vázquez empieza su análisis evaluando y comparando *Barrio Boy* (1971) de Ernesto Galarza y *A Puerto Rican in New York* (1982) de Jesús Colón. Es en este primer capítulo donde hace la distinción entre el nacionalismo del Estado y el “nacionalismo insurgente” –el cual surge precisamente para combatir al primero–. Vázquez insiste en que aunque el Movimiento Chicano y otros movimientos latinos en los Estados Unidos históricamente han excluido la voz de la mujer, la voz *queer* y a otros grupos marginados, no se debe pasar por alto la contribución que estos autores hacen para crear un discurso nacional



insurgente, el cual sirve precisamente para concientizar a la gente marginada y empezar un movimiento revolucionario. Vázquez tiene mucha razón en hacer dicha distinción y reconocer el valor de estas narrativas. Al analizar “las triangulaciones” que emplean estos autores, Vázquez demuestra que ambos crean un discurso contra-hegemónico para criticar el prometido “sueño americano” y planta las raíces de una consciencia de resistencia colectiva para avanzar hacia un nacionalismo cultural con una política radical que abogue por los intereses de los chicanos y los latinos.

Vázquez sigue haciendo este tipo de análisis y comparación entre un autor chicano y uno puertorriqueño en el capítulo 2, donde examina *Down These Mean Streets* (1967) de Piri Thomas y *The Revolt of the Cockroach People* (1989) de Oscar “Zeta” Acosta. Como en el primer capítulo, la yuxtaposición de dos autores latino-estadounidenses de más o menos la misma época y de distintas partes de los Estados Unidos (el este y el oeste) revela paralelos interesantes. En este caso, Vázquez demuestra cómo ambos autores transforman la identidad del “vato loco” para afirmar una subjetividad subversiva, como la de un bandido o “outlaw”. Al identificar al “vato loco” con otros grupos marginados –los afroamericanos, por ejemplo– ambos autores piden una solidaridad entre varios grupos que pueden ayudar a crear una sociedad nueva donde el chicano y el *nuyoricano* tienen autonomía superando el racismo y la discriminación que típicamente limita su participación en ciertos segmentos de la sociedad. Vázquez subraya que al reproducir el patriarcado y la homofobia de la cultura hegemónica, el “vato loco” intenta recuperar una masculinidad perdida para poder participar en actos revolucionarios y sugiere que este impulso heterosexista e hípermasculino limita el proyecto revolucionario y nacionalista de dichos protagonistas; estos temas son más explorados en la segunda parte.

En los últimos dos capítulos, Vázquez amplía su investigación al enfocarse en escritoras latinas y un escritor chicano gay –John Rechy–. Para seguir desarrollando la triangulación como aparato literario, demuestra las estrategias narrativas que emplean Rechy, Judith Ortiz Cofer y Julia Álvarez para crear nuevas posiciones sociales para el hombre gay y la mujer latina, respectivamente. Dichos autores responden al impulso patriarcal y homofóbico del nacionalismo cultural y establecen un discurso feminista y *queer*. Al criticar la construcción de un nacionalismo patriarcal y heterosexista y crear sus propios protagonistas insurgentes, Rechy y Ortiz Cofer integran a la mujer y al hombre gay en el proyecto nacional y, por consiguiente, cambian la identidad de la nación imaginada por los chicanos y los latinos. Al desestabilizar la historia, la memoria personal y la ficción, Julia Álvarez participa en un proceso similar. Vázquez señala cómo Álvarez mezcla la ficción con la historia oficial de la República Dominicana para contar la historia del país desde otro punto de vista. Vázquez propone que Álvarez utiliza esta estrategia para resolver los traumas individuales y colectivos que han sufrido los dominicanos al vivir bajo la dictadura de Trujillo y por haber sido desplazados. Con la triangulación propuesta por Vázquez, vemos que Álvarez plantea las raíces para una



identidad alternativa para los dominicanos que viven en el exilio, una que no se basa sólo en la historia oficial y patriarcal de la isla, sino también en las experiencias –reales e inventadas– de la mujer.

Para concluir, Vázquez ofrece la triangulación como herramienta para seguir evaluando las narrativas escritas por los escritores chicanos y latinos del punto de vista de la primera persona singular en el siglo XXI. El autor hace un análisis breve de la novela *Caramelo* (2002) de Sandra Cisneros para demostrar que aunque los puntos conocidos quizás sean distintos –la globalización y lo transnacional, por ejemplo– los autores de la primera parte del siglo XXI siguen utilizando la triangulación para navegar hacia una identidad desconocida. Propone que estos autores todavía se basan en ciertas ideologías de una nación imaginada para adelantar un proyecto colectivo.

El estudio de Vázquez contribuye dos cosas importantes a los estudios de la literatura chicana y latina: 1) un análisis de los usos múltiples de la narrativa escrita del punto de vista de la primera persona singular y de las estrategias narrativas que se emplean en los correspondientes géneros literarios para explorar cuestiones de identidad y 2) un marco teórico que se puede aplicar a varios géneros literarios para examinar la manera en que algunos autores utilizan la triangulación para navegar hacia otra posición social y para afirmar una identidad fuera de las parejas binarias existentes. El texto cabe bien dentro del corpus de textos teóricos que uno puede utilizar para llevar a cabo un análisis que examine la identidad y las experiencias del sujeto marginado.

*University of Nevada, Reno*

DANIEL ENRIQUE PÉREZ

RONALD HALADYNA, ed. *Exotic Territory: A Bilingual Anthology of Contemporary Paraguayan Poetry*. Trafford Publishing, 2011.

El libro *Exotic Territory: A Bilingual Anthology of Contemporary Paraguayan Poetry*, editado por Ronald Haladyna, tiene una foto de la tela paraguaya tradicional llamada ñanduti en la portada. La imagen del ñanduti sugiere el intrincado trabajo de enlazar palabras del poeta paraguayo, semejante al trabajo delicado de tejer los hilos del encaje del ñanduti. Esta imagen sirve de punto de partida para un volumen bilingüe de poesía paraguaya en español traducida al inglés por Haladyna. El libro también incluye algunos poemas escritos en guaraní y luego traducidos al español con la ayuda de algunos poetas paraguayos. En general, las traducciones al inglés parecen muy fieles al texto original y es encomiable la tarea de posibilitar la lectura de estos textos, muchas veces poco conocidos para el público de habla inglesa. En este sentido, es una obra que llena un gran vacío en el mundo literario. Como el autor señala en su introducción,



este volumen es “an attempt to give long overdue recognition to Paraguay’s leading contemporary poets”.

El libro consiste en una breve introducción general al Paraguay (no a la literatura y la poesía, sino más bien a la sociedad, historia, geografía y economía del país). Luego, hay diez secciones con aproximadamente 8 poemas de cada uno de los diez poetas seleccionados para la antología (menos poemas para los poetas cuyos poemas son largos). Luego, al final del libro, hay un apéndice que ofrece una breve biografía de cada poeta, una lista de sus obras y una lista de la crítica escrita sobre el autor. Aunque es cierto que se conoce poco al Paraguay y una breve introducción a la historia es pertinente porque muchos de los poemas se refieren a la historia paraguaya (a la dictadura de Alfredo Stroessner en particular), en realidad una introducción general a la literatura paraguaya y las distintas promociones de poetas habría sido más útil y pertinente en este contexto.

En la introducción, Haladyna indica que sus criterios para la selección de los diez poetas incluyen los siguientes elementos: la sensibilidad poética, una perspectiva especial sobre la realidad, un estilo único, un buen manejo del lenguaje, poetas maduros con una historia reconocida de publicaciones en las últimas dos décadas, y poetas que han recibido premios literarios y reconocimiento nacional e internacional. Además, señala que quiere incluir poetas de distintas generaciones y de diversidad estilística. En general, Haladyna cumple sus propósitos, aunque la selección temporal no queda totalmente clara. El deseo de incluir poetas de distintas generaciones parece contradecir el enfoque en poetas con producción sólida en las últimas dos décadas. Además, en otra parte de la introducción, indica que ha escogido poetas de “the last several decades”, una declaración algo ambigua en cuanto al período del tiempo que piensa incluir y enfocar. Finalmente, si examinamos los poemas de cada autor, en muchos casos se incluyen obras tempranas de cada uno que datan de los ochenta, lo cual parece contradecir la meta de enfatizar una producción poética en las últimas dos décadas. Sin embargo, a pesar de esta pequeña discrepancia en cuanto a las declaraciones del autor, él ha hecho una excelente selección de poetas y ha escogido con esmero una buena selección de poemas para incluir en la antología.

Los poetas que se incluyen son: José Luis Appleyard, Moncho Azuaga, Gladys Carmagnola, Susy Delgado, Oscar Ferreiro, Renée Ferrer, Joaquín Morales, Amanda Pedrozo, Jacobo Rauskin, Elvio Romero, Ricardo de la Vega, y Carlos Villagra Marsal. Esta selección representa una buena mezcla de poetas muy conocidos, tales como Renée Ferrer y Elvio Romero, y otros no tan conocidos fuera del Paraguay, como Gladys Carmagnola y Ricardo de la Vega. Los temas y estilos son variados e incluyen el tema político (dictadura, exilio, revolución) y temas más líricos como el amor, la memoria, y la juventud. Es interesante pero comprensible que Haladyna no incluya al escritor paraguayo más famoso, Augusto Roa Bastos, quien, aunque más conocido por su obra narrativa, ha escrito también obras poéticas, ya que su meta explícita ha sido dar a conocer la obra menos conocida por la gente fuera del Paraguay. Pero en esto también



existen algunas contradicciones, porque se incluye la obra de Renée Ferrer, una escritora bastante conocida fuera del país.

Después de la presentación de la poesía de los diez poetas, Haladyna incluye al final un apéndice con una breve biografía de cada escritor, una lista de sus obras, y una lista de los artículos críticos escritos sobre cada uno. Esta información es muy valiosa, pero su inclusión al final me parece un error de organización. Sería más fácil para el lector que se incluyera esta información como pequeña introducción antes de la lectura de los poemas de cada autor, para evitar el constante vaivén entre el principio y el final del libro.

Otra pequeña crítica del libro es la falta de notas explicativas. De vez en cuando aparece alguna aclaración, como cuando Haladyna explica que los poemas del libro de Renée Ferrer titulado *Las cruces del olvido* se refieren a los eventos del “marzo paraguayo” de 1999 en que unas personas que estaban protestando el asesinato del vicepresidente Luis María Argaña, fueron ejecutadas por los opositores a su gobierno. Más notas de este tipo serían útiles para comprender mejor la poesía y hacerla más accesible a los que desconocen los pormenores de la política y cultura paraguayas.

En resumen, *Exotic Territory: A Bilingual Anthology of Contemporary Paraguayan Poetry*, editado por Ronald Haladyna, es un libro recomendable que cumple su meta de introducir al público no familiarizado con la poesía paraguaya a algunos de los poetas paraguayos contemporáneos principales. Creo que sirve de una buena introducción a un cuerpo de literatura que no se ha estudiado en absoluto en los Estados Unidos. Sin embargo, puesto que hay una carencia de estudios académicos sobre el tema, el libro habría resultado aún mejor si el autor hubiera tomado un paso más y desarrollado más el aspecto crítico de la obra. De todas formas, pienso que la obra es una buena introducción al tema y da esperanza de que otros la utilicen como punto de partida para escribir otros estudios sobre la poesía paraguaya.

Michigan State University

HELENE C. WELDT-BASSON





NÉLIDA SALVADOR. *Vanguardia y posmodernidad*. Buenos Aires: Corregidor, 2011.

*Vanguardia y posmodernidad*, de Nélica Salvador, no es un estudio original de la vanguardia ni de la posmodernidad sino una recopilación de artículos, notas bibliográficas y reseñas (y por lo menos una ponencia) publicados por la autora a lo largo de los años. El libro consta de veinticuatro piezas, las más antiguas de las cuales datan de 1960 y la más reciente –una breve reseña de la poesía de Nicanor Parra– de 2007. (Las indicaciones cronológicas del libro pueden ser desconcertantes, como cuando se titula a una de las piezas “*Letras de Buenos Aires [1980-2008]*” pero se indica a pie de página que el texto fue una ponencia leída en un congreso de 1993). La mayoría de los textos incluidos en la colección se refieren al ámbito rioplatense.

La nota preliminar es escueta e indiferente. Ahí leemos que “los trabajos reunidos en este volumen corresponden a distintos proyectos de investigación que encuentran una perspectiva coincidente en su acercamiento crítico a las tendencias innovadoras que se desarrollaron en Europa y América latina [sic] durante la primera mitad del siglo xx” y se implica que de alguna manera no especificada las innovaciones de la vanguardia llevaron a la actual “cultura posmoderna”, profetizada en las páginas de las revistas a las que se alude en el transcurso del libro. Es curioso, sin embargo, que la única vez que figura la palabra “posmodernismo” en el título de uno de los artículos, se refiera ésta al “posmodernismo” de los años posteriores al modernismo hispanoamericano de finales del siglo xix, o sea, a esa época incierta en que se buscaba retorcerle el cuello al cisne dariano. Tampoco se incluyen en el libro escritores reconociblemente posmodernos en el sentido actual de la palabra (como podrían ser Sarduy o Puig) ni “neovanguardistas”, como podrían ser César Aira o Diamela Eltit. Igual carencia se nota con respecto a los teóricos de las vanguardias y de la posmodernidad.

En su conjunto, el libro resulta de escaso interés por tratarse de un repaso de temas ya bastante manidos, como la disputa Florida-Boedo, lo fantástico en la narrativa argentina, la trayectoria de ciertas revistas argentinas como *Inicial* y *Sur* (la reseña que da cuenta de esta última es de 1993 pero no toma en cuenta el detallado estudio de John King sobre el mismo tema que data de 1986), la poesía metafísica de Macedonio Fernández, la “trayectoria expresiva” de Rafael Alberti, la “creatividad” de García Lorca, las innovaciones formales de César Vallejo, etc. Pero esto no quita que la autora maneje un discurso crítico serio y bien redondeado, fundamentado todavía en la temática y la estilística, pero capaz de descubrir los matices expresivos de ciertos textos poéticos y de plantear con autoridad cuestiones de historia literaria y cultural.

Emory University

RICARDO GUTIÉRREZ-MOUAT



VIVIANE MAHIEUX. *Urban Chroniclers in Modern Latin America. The Shared Intimacy of Everyday Life*. Austin: U of Texas P, 2011.

Para los estudiosos de la crónica latinoamericana, los últimos meses han sido memorables. Bajo los auspicios de la Universidad de California en Santa Bárbara, se fundó la primera revista en línea abocada a la crítica del género, *Textos Híbridos. Revista de Estudios sobre la Crónica Latinoamericana*; Beth E. Jörgensen obtuvo mercedamente el premio de la sección de estudios mexicanos del Latin American Studies Association por *Documents in Crisis. Nonfiction Literatures in Twentieth-Century Mexico*; Alicia Rita Rueda-Acedo publicó un estudio comparativo del periodismo literario de Rosa Montero y Elena Poniatowska; y Anadeli Bencomo, en Colombia, *Entre héroes, fantasmas y apocalípticos. Testigos y paisajes en la crónica mexicana*. A estos estudios se agrega *Urban Chroniclers in Modern Latin America. The Shared Intimacy of Everyday Life* de Viviane Mahieux. Tal actividad editorial demuestra que el género continúa mereciendo una atención que se le había escamoteado, prácticamente desde que se fundaron las modernas instituciones literarias. Habría que mencionar, también, la reciente celebración en México del segundo encuentro de Nuevos Cronistas de Indias, con la entusiasta participación de cronistas de todo el continente, así como el surgimiento de varias revistas en línea dedicadas al género. Dada su actual vigencia y la intensidad con que se escribe, en adición a su tradicional relevancia en el ámbito de la cultura letrada latinoamericana, esta efervescencia crítica es más que oportuna, necesaria. En este contexto, la primera monografía sobre la crónica del periodo vanguardista por parte de Mahieux viene a darle continuidad a los estudios del periodo modernista iniciados por Susana Rotker, Aníbal González y Julio Ramos, entre otros. Su corte temporal sugiere, de entrada, una cierta función historiográfica respecto al examen de las manifestaciones urbanas de la modernidad latinoamericana en las primeras décadas del siglo veinte y el registro narrativo que de ellas hace la crónica: un registro de signo ambiguo que celebra y problematiza. Invita, así mismo, a un examen comparativo con la práctica del género en otros periodos. De ahí que en el epílogo la autora identifique, con una fundamentada perspectiva histórica, cuáles son algunos de los cambios de óptica y discurso que la crónica experimentaría en las postrimerías del siglo. La función historiográfica se extiende también a la obra periodística de los autores que conforman el estudio—Roberto Arlt, Mário de Andrade, Salvador Novo, Alfonsina Storni y Cube Bonifant—, con especial atención a los retos que enfrentaron y a su personal respuesta a través de una escritura indefectiblemente “pública”. Dicha extensión se logra sin disipar del todo una cierta tensión interna en el planteamiento del libro orientado, por un lado, al estudio cultural sobre la experiencia urbana de la modernidad en la región y, por el otro, a la genealogía literaria y la crítica de autor.

*Urban Chroniclers in Modern Latin America* desarrolla, con propiedad, otras tareas críticas de igual importancia en el estudio actual de la crónica. Por una parte, al sintetizar



teorizaciones dispersas sobre el género, recapitula el estado de la cuestión y sugiere nuevos derroteros a considerar en futuras disquisiciones, uno de los cuales es planteado por el término de “retórica de la accesibilidad”, a lo cual me refiero más adelante. De hecho, la introducción y, parcialmente, el primer capítulo abordan los marcos y conceptos propuestos sobre lo que se podría considerar la específica naturaleza y pragmática de la crónica, la cual intersecta géneros discursivos, tanto como jerarquías, prácticas y modos de producción cultural. El crucial tema de la subjetividad y la identidad del cronista, como otra tarea indispensable del análisis, es tratado en el último capítulo en relación a la categoría de género sexual. Al contrario de las editoriales y de otras secciones del periódico, la crónica no sería un ejemplo de escritura pretendidamente asexual. De hecho, el *performance* de género sexual desplegado en ese contexto discursivo se convertirá en una de las aportaciones decisivas de la crónica del periodo. De ahí que Mahieux enfatice la labor pionera desempeñada por las cronistas mujeres en un medio predominantemente masculino. Es indudable que el despliegue periodístico de una subjetividad femenina conlleva, en la época de la vanguardia, desafíos particulares. Esto lo examina respecto a los casos de Alfonsina Storni y Cube Bonifant, de quien es ya su más reconocida especialista. En efecto, dos años antes de *Urban Chroniclers*, Mahieux publicó en México la primera antología de crónicas de Bonifant, rescatando del olvido la obra de esta admirable y polémica figura intelectual. Otra tarea de distinta índole es la representada por el tercer capítulo, el cual plantea la necesidad de realizar una comparación sistemática entre la crónica y *a crônica*. Dada la relevancia del género en la sociedad brasileña, desde las postrimerías del siglo diecinueve, es incomprensible su desconocimiento en el lado hispanoamericano. Tan incomprensible como el desconocimiento aún existente entre las historias literarias y culturales a ambos lados de la línea trazada por el vetusto Tratado de Tordesillas, a menos que se explique por los designios globales del colonialismo y su moderna reproducción académica. El análisis que hace Mahieux de las crónicas de uno de los principales líderes del Modernismo brasileño, Mário de Andrade, es un buen inicio hacia el mutuo reconocimiento. Queda de relieve que el estudio de la crónica brasileña se hace indispensable para profundizar tanto en las localizaciones y mediaciones culturales, como en la diversidad estética, temática y discursiva del género en la totalidad del ámbito latinoamericano.

El concepto de “retórica de la accesibilidad” que Mahieux propone para teorizar “la relación entre el cronista, el texto escrito y la cultura urbana” es sugerente (23). El primero de los términos no deja de remitir a corrientes críticas como las representadas por Wayne Booth (“retórica de la ficción”), Kenneth Burke (“retórica de los motivos”) y Paul de Man (“retórica de la temporalidad”) que coincidirían en aludir, con él, a las superestructuras de persuasión codificadas en el texto literario. En la crítica latinoamericana, y en relación al cronista finisecular, Julio Ramos emplearía el de “retórica del consumo” para referirse al rol desempeñado por la crónica en la formación



de una incipiente sociedad de consumo. En su apelación a los lectores, éstos son también implícitamente concebidos como consumidores potenciales. Así como Ramos dialoga con Walter Benjamin y Michel de Certeau, Mahieux lo hace, principalmente, con el segundo. Acierta en trasladar la hermenéutica de las prácticas corporales en el análisis de éste, a los desplazamientos discursivos en espacios heterogéneos de la crónica, en tanto tácticas y estrategias fragmentarias, temporales e incompletas. Hay, así, una relación entre la crónica y la práctica urbana, como entre escritura y acción, pues “la escritura influye en los modos de ser urbano y vivir en la ciudad”. La crónica vendría a funcionar como un “arte del débil” *vis à vis* otros géneros con mayor centralidad en la cultura letrada de la época y –asienta la autora– como vehículo expresivo del punto de vista representado por cronistas como Storni o Bonifant (25).

Ahora bien, al indagar sobre las especificidades de “la retórica de la accesibilidad” en la crónica, surge la interrogante de su propio modo de operación. ¿La accesibilidad es consustancial a ésta o también se encuentra en mayor o menor grado en otros géneros literarios? ¿Se refiere a la cercanía entre el cronista y el lector que la prensa hace posible? ¿Es el medio –el periódico– lo que permite tal accesibilidad? ¿Se trata, acaso, de la proximidad temporal con los acontecimientos narrados *cuasi in situ*, lo que produce la impresión de que el cronista es tan copartícipe y testigo del evento como el propio lector? ¿Radica en la actitud que denota el cronista de dirigirse a un público amplio y hacerlo de forma llana y directa? Por otra parte, si la accesibilidad se manifiesta a través de las características propias del género, ¿lo es por su inscripción en el periódico o por rasgos o elementos de su discurso? Si lo segundo, ¿por qué es la crónica accesible? ¿Por el uso de un lenguaje no especializado? ¿Por la temática que aborda, sobre todo la ciudad compartida por cronista y lector? Finalmente, ¿es “accesible” sinónimo de “fácil”, tal como se ha usado este adjetivo respecto a cierta literatura reciente en el contexto mexicano?

El tema reviste importancia y actualidad. “Accesibilidad” es un término empleado, por ejemplo, en referencia a la obra del cronista mexicano más popular del último cuarto del siglo veinte: Carlos Monsiváis. Sin duda, Monsiváis fue una figura mediática extraordinaria, siendo ubicua su presencia en todo tipo de acto y evento, de la alta cultura a la urbana popular; eventos que poco después serían resignificados y revalorados en su escritura. En círculos académicos en la Ciudad de México, quienes no lo habían leído, lo reconocían por sus apariciones en los medios. Pocos intelectuales podrían considerarse tan efectivamente accesibles como él y, sin embargo, su prosa no siempre resultaba tan accesible para no pocos de sus lectores y admiradores, quienes en privado confesaban no entender del todo el tenor de sus ensayos y crónicas o su asombrosa gama de alusiones y referencias. En su caso, lo accesible en apariencia, podía no serlo en el fondo. Habría que indagar, a manera de comparación, si las crónicas para el *Jornal do Brasil* de la más popular escritora brasileña, Clarice Lispector, fueron en su momento consideradas más o menos accesibles y por qué.



A lo largo del libro, la polisemia con que se inviste la “retórica de la accesibilidad” incrementa su poder de sugerencia en la medida en que su definición es diferida. Se encuentran, así, varias acepciones: la accesibilidad personal de los cronistas en tanto figuras públicas (23); su identidad cultural (23), su relación personal con su audiencia (156), la construcción de una cierta intimidad (8), etc. En aras de explorar tales aspectos no necesariamente textuales, se desplaza el sentido primario de que toda retórica sugiere más de lo que dice, pero que siempre se manifiesta en forma representacional, sobre todo textual. Dicho término puede, así, suplantar al de semiótica, en contextos discursivos en donde éste parece resultar más adecuado. Hacia el final, sin embargo, la idea se concreta precisamente a nivel discursivo privilegiándose, entonces, la forma en que se presenta el material (164). De esa manera, la retórica de la accesibilidad se transmite a través de la heterogeneidad del discurso del cronista. Como este tema, *Urban Chroniclers* ofrece todo un rico material para invitar a una reflexión sostenida sobre el género, su función comunicativa y sus características discursivas en la crítica actual.

Lo que es incuestionable es el rol desempeñado por el género en la esfera pública. Como explica Mahieux, la crónica vino a democratizar la sociedad latinoamericana de la época, asumiéndose como un tercer espacio “entre el arte y el comercio” (22) y como un sitio para llevar a cabo “una productiva negociación entre las ideas de la vanguardia y la creciente industria cultural” (22). Para las clases emergentes, la crónica fue también un sitio de encuentro y autoidentificación. Los cronistas incluidos en el estudio representan un aspecto crucial de cómo se experimentó la ruta hacia la modernidad en ciudades como Buenos Aires, São Paulo y Ciudad de México. En cada caso, propusieron una relación con ésta a través de sus propias obsesiones y temáticas recurrentes: Arlt, la heterogeneidad y la movilidad social, la inmigración y la expansión urbana; Mário de Andrade, el movimiento, la tecnología, lo coloquial y la transformación del espacio; Novo y Bonifant, los roles sociales y de género en la sociedad moderna. El análisis de las crónicas de Arlt y de Mário de Andrade, en particular, es de lo más esclarecedor que se haya escrito. *Urban Chroniclers* contribuye, en suma, no sólo a un examen histórico de las transformaciones de la crónica, en estrecha relación con los cambios sociales, tecnológicos y culturales observados en las urbes mencionadas, sino también a una historia cultural del periodo.

*The Ohio State University*

IGNACIO CORONA

